



LA MALDICIÓN DE LA LUNA DE SANGRE
POR ESTEBAN GALLARDO



STORY BOOK EDITOR VERSION 0.0.1



****Prólogo: Inflexión****

El cielo se oscurecía bajo la furia de una tormenta que no parecía natural. Nubes de un rojo intenso se entrelazaban con sombras negras, como si el mismísimo infierno hubiese abierto sus puertas sobre el mundo. El viento aullaba con una violencia sobrenatural, esparciendo el olor de la tierra húmeda y el presagio de muerte.

De pronto, un grito desgarrador rompió el caos de la tormenta, recorriendo los continentes como una ola invisible que congeló el alma de cada ser viviente. Aquella voz, cargada de un dolor profundo, no era solo el eco de una madre desconsolada; era el preludio de una venganza que cambiaría el destino del mundo.

Era el grito de Isolde, una hechicera cuya magia antigua y poderosa había permanecido en las sombras durante años. Su hija, Aveline, la luz de su vida, yacía muerta. Se había quitado la vida al descubrir que Dragan, el troll que amaba con una devoción inquebrantable, había sido brutalmente asesinado.

Isolde, consumida por la ira y el dolor, sentía cómo su magia se desataba con cada lágrima que caía al suelo. El cielo enrojecido era solo el comienzo de su ira, y la maldición de la luna de sangre pronto caería sobre el mundo.



La tragedia que selló el destino de Dragan y Aveline ocurrió en un solo y fatídico día, cuando lo peor del mundo humano y del mundo Troll se unieron en un acto despreciable. Lo que comenzó como una manifestación de odio, pronto se convertiría en una cruel cadena de eventos que destruiría no solo dos vidas, sino también la frágil esperanza de reconciliación entre dos especies.

Entre los trolls, había quienes veían con disgusto la relación entre Dragan y Aveline. Consideraban impensable que uno de los suyos se involucrara con una humana. Para ellos, esa unión era una afrenta a las tradiciones ancestrales, algo antinatural que debía ser castigado. Una noche, bajo el manto oscuro del cielo y mientras Dragan regresaba tras una visita secreta a Aveline, un grupo de trolls lo interceptó. Lo atacaron sin piedad, propinándole golpes brutales con la intención de dejarle claro que no debía seguir con esa relación. No querían su muerte, pero sí un castigo que lo marcara, que lo sometiera.

Cuando los primeros rayos del sol se asomaron en el horizonte, iluminando el vasto paisaje, Dragan yacía inconsciente frente a la entrada de su cueva, donde la sombra aún lo protegía del sol que comenzaba a bañar las tierras. Fue en ese momento cuando un grupo de jóvenes humanos lo encontró. Ellos no vieron a Dragan como un ser viviente, sino como un monstruo con el que podían divertirse. Conocían bien la vulnerabilidad de los trolls ante el sol, y en sus mentes llenas de crueldad, esa vulnerabilidad era una oportunidad perfecta para un macabro entretenimiento.



Sin compasión alguna, arrastraron a Dragan lejos de la sombra protectora, llevándolo a un vasto campo abierto donde el sol se cernía con todo su poder. Allí, no había refugio, ni una sombra, solo la dura luz del día que prometía ser letal para un troll herido. Cuando Dragan despertó, lo hizo bajo un sol implacable que quemaba su piel lentamente. Débil y dolorido, trató de ponerse en pie, pero sus piernas fallaron. La paliza que había recibido lo había dejado casi sin fuerzas, y la intensidad del sol consumía rápidamente lo poco que le quedaba.

Con cada movimiento, sentía cómo su vida se escapaba. Sabía que no llegaría lejos, pero, aún así, se arrastró hacia un bosque que veía en la distancia. El calor del sol era como una tortura, cada centímetro recorrido le arrancaba gemidos de dolor. Los chicos humanos lo seguían de cerca, riendo, burlándose de su agonía. Para ellos, ver a Dragan luchar por su vida era un juego, una monstruosa burla a lo que no comprendían.

Durante casi una hora, Dragan intentó avanzar, buscando la sombra que podría haberlo salvado, pero el bosque estaba demasiado lejos, inalcanzable para su cuerpo moribundo. Su respiración se volvió más pesada, sus fuerzas se desvanecían con cada segundo. En su mente, solo un pensamiento lo acompañaba: Aveline. Deseaba con todo su corazón que ella continuara su vida, que no perdiera la alegría que siempre la había caracterizado. Su último deseo fue para ella, con la esperanza de que jamás descubriera lo que le había ocurrido.

Y así, bajo el sol cruel, Dragan exhaló su último aliento. Los jóvenes humanos se alejaron, dejando su cuerpo carbonizado por el sol, ignorantes del dolor que su acción desencadenaría.



Esa noche, Aveline no pudo reunirse con Dragan como de costumbre. Desde que abrió los ojos aquella mañana, una inquietud inusual la había consumido. A pesar de sus intentos por distraerse, una sombra oscura parecía envolver su corazón, haciendo que cada segundo que pasaba sin noticias de él se sintiera como una eternidad. La noche anterior, tras despedirse de Dragan, terribles pesadillas habían invadido su sueño, tormentos que se enroscaban en su mente y no la dejaban en paz.

Dragan no había aparecido, y su ausencia intensificaba los miedos que la habían estado acosando durante todo el día. Sentía que algo andaba mal, como si el destino le estuviera susurrando desde las sombras que algo terrible había ocurrido. Los murmullos del viento, los crujidos en el viejo castillo, todo le parecía anunciar tragedia.

Aveline no era una joven común; era la hija de Isolde, una bruja cuyas artes mágicas se contaban entre las más poderosas del mundo. Aunque Aveline no poseía la misma fuerza que su madre, había aprendido los caminos del mundo espiritual, los rituales que abrían puertas prohibidas para la mayoría de los mortales. Desesperada por saber qué le había sucedido a Dragan, decidió adentrarse en ese oscuro conocimiento.

En su habitación, situada en lo alto del torreón del castillo, encendió velas de cera negra y trazó con precisión los antiguos símbolos en el suelo, rodeándose de polvos mágicos que había aprendido a manejar bajo la estricta tutela de su madre. El viento frío de la noche comenzó a agitar las cortinas mientras susurraba las palabras sagradas, invocando a los espíritus que custodiaban los secretos del más allá.



De repente, sus ojos se nublaron y su conciencia fue arrastrada hacia un reino oscuro. Lo que Aveline vio en ese plano espiritual la golpeó con una fuerza devastadora. Ante ella se desplegó la visión de su amado Dragan, arrodillado, herido y sangrando en el suelo. Lo vio siendo brutalmente atacado por aquellos que consideraba sus hermanos trolls, traicionado por los suyos simplemente por amar a alguien de otra especie.

Las lágrimas comenzaron a correr por el rostro de Aveline mientras la visión continuaba, implacable. Ahora observaba la crueldad de los humanos. Un grupo de jóvenes lo arrastraba fuera de su cueva, se reían y se burlaban de él mientras lo llevaban al campo abierto, condenándolo a una muerte lenta y agonizante bajo el implacable sol. El dolor en el rostro de Dragan, su esfuerzo por sobrevivir, todo era insoportable de ver. Su último pensamiento fue para ella, para Aveline, y aquello destrozó su espíritu por completo.

Cuando la visión terminó, Aveline volvió a la realidad, jadeante y rota. Su cuerpo temblaba, y su mente luchaba por procesar la brutal verdad de lo que había presenciado. Dragan estaba muerto. No había forma de salvarlo. La agonía que sintió fue como un cuchillo que atravesaba su corazón, llevándola al borde de la locura.

Desesperada, sin fuerzas para soportar el dolor que ahora consumía cada rincón de su ser, Aveline salió al balcón de su habitación. La noche se cernía sobre ella, y en lo alto del cielo, la Luna de Sangre brillaba con una intensidad sobrenatural, un augurio oscuro que solo aparecía una vez cada diez años. Era como si el destino mismo se estuviera burlando de su dolor.



Con su mirada perdida en el rojo profundo de la luna, Aveline comprendió que no podía continuar. El mundo sin Dragan carecía de sentido. Entre lágrimas y sollozos, susurró el nombre de su amado una última vez, antes de lanzar su cuerpo al vacío desde lo alto del torreón. El viento la abrazó en su caída, y en los segundos finales, su mente se vació de todo sufrimiento.

Isolde sintió la muerte de Aveline en el mismo instante en que su vida se apagó. El vínculo entre madre e hija, forjado por amor y magia, le permitió percibir el último latido de su corazón. Una sensación de vacío, más aterradora que cualquier hechizo oscuro, se apoderó de su pecho. Sin perder un segundo, corrió desesperada por los pasillos del castillo, buscando a su hija, sabiendo en lo profundo de su ser que algo terrible había sucedido.

Al llegar al patio, el mundo pareció detenerse. Allí, sobre la fría piedra, yacía el cuerpo inerte de Aveline. Su hija, su luz, su razón de vivir. La imagen le desgarró el alma. Con manos temblorosas, Isolde se arrodilló junto al cuerpo sin vida de su hija, levantándola suavemente en sus brazos. El calor de la vida ya se había desvanecido, y la frialdad de la muerte la envolvía. "No, no... esto no puede estar pasando...", susurró Isolde entre sollozos, su mente negándose a aceptar lo que sus ojos le mostraban. "¿Por qué? ¡¿Por qué?!", gritó al cielo, buscando una respuesta que nunca llegaría.



Desesperada y llena de un dolor insoportable, Isolde realizó un rápido gesto mágico con sus manos, invocando un hechizo que le revelaría la verdad. En un abrir y cerrar de ojos, las imágenes comenzaron a formarse en su mente, como si viera a través de los ojos de Aveline. Lo entendió todo: la traición de los trolls, la brutal agonía de Dragan bajo el sol abrasador, y la devastación en el corazón de su hija al presenciarlo. Vio el momento en que Aveline, incapaz de soportar el dolor, se lanzó desde el balcón, encontrando su final en las frías piedras del castillo.

La visión se desvaneció, pero el dolor se quedó. En ese preciso instante, Isolde emitió un grito tan poderoso que resonó más allá de lo humano. Su grito atravesó el aire como una espada, sacudiendo los cimientos mismos de la realidad. El cielo, que hasta entonces había permanecido en calma, se transformó de inmediato. Nubes de tormenta comenzaron a formarse, teñidas de un rojo y negro diabólicos, como si el propio infierno se hubiera desatado sobre la Tierra. La furia de Isolde era tal que la naturaleza misma se estremecía bajo su poder.

Sin embargo, fue su segundo grito el que desató la verdadera pesadilla. Este grito no era solo de dolor, sino de odio, de venganza. Era un grito tan espeluznante que hizo que cada ser vivo en el planeta sintiera un escalofrío en lo más profundo de su ser. Animales, humanos, trolls, todos sintieron el helado aliento de la muerte recorrer sus espaldas, sin saber qué lo había causado, pero comprendiendo instintivamente que algo terrible estaba a punto de suceder.



Un relámpago gigantesco rasgó el cielo, conectando las nubes con la tierra. El rayo impactó directamente en el patio, en el punto exacto donde Isolde sostenía el cuerpo de su hija. En ese instante, tomó su decisión: trolls y humanos jamás volverían a estar juntos. La unión entre las dos especies, que había provocado tanta tragedia, debía ser destruida. Isolde se encargaría de que esa maldición durara por toda la eternidad.

El rayo se extinguió tan rápido como había aparecido, dejando el aire cargado de electricidad. Y cuando la luz del relámpago se desvaneció, ni Isolde ni Aveline estaban allí. Se habían desvanecido, consumidas por el poder de la magia oscura y el odio que Isolde había desatado.

Así comenzó la maldición de la Luna de Sangre. Una maldición que caería sobre el mundo una y otra vez, un ciclo de venganza y dolor que se repetiría bajo cada luna roja, marcando el destino de trolls y humanos para siempre.



****Capítulo 1: Nace la esperanza****

Mil años después de que la maldición de la Luna de Sangre se desatara sobre el mundo, en una cálida noche de verano, Brynja, una joven troll de apenas doce años, deambulaba por el bosque en busca de frutos silvestres para su familia. El aire estaba cargado del aroma de la tierra húmeda y las hojas, y todo parecía estar en calma. Pero mientras recogía las bayas que crecían entre los arbustos, un grito agudo rompió la serenidad de la noche.

"¡Ayuda! ¡Por favor, alguien ayúdeme!", se escuchó a lo lejos, la voz claramente humana.

Brynja se detuvo en seco. Su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho. Nunca había visto a un humano de cerca, solo había escuchado historias terribles sobre ellos. Sus padres le advirtieron que los humanos eran peligrosos, traicioneros, y que debía mantenerse lo más lejos posible de ellos. Pero la curiosidad que sentía, tan propia de su juventud, luchaba contra esas advertencias.

"Solo echaré un vistazo... No me acercaré demasiado", murmuró para sí misma, como si al decirlo en voz alta se convenciera de que no correría ningún peligro.

Con pasos cautelosos, siguió la dirección de la voz hasta que, entre los árboles, encontró la fuente del grito. Allí, en el suelo, atrapado entre las raíces de un árbol caído, estaba un niño humano de su misma edad. Su rostro estaba pálido y su expresión de dolor era inconfundible.

Los ojos de Brynja se cruzaron con los de él, y ambos quedaron paralizados durante un instante que se sintió eterno. Sabían lo que significaba encontrarse cara a cara. Eran de especies opuestas, condenadas por la maldición a una enemistad perpetua.



"¿Quién eres?", preguntó el niño con voz temblorosa, rompiendo el silencio.

Brynja dudó un momento, pero al final respondió, con la misma timidez. "Me llamo Brynja. ¿Qué te ha pasado?"

"Soy Roland... y... caí entre estas raíces. No puedo salir. Por favor, no me hagas daño", suplicó él, asustado, pero sin mostrar hostilidad. "Solo quiero ir a casa."

Brynja dio un paso hacia atrás, dudando entre obedecer las advertencias de su familia o seguir el impulso de ayudarlo. Nunca había tenido una razón para desconfiar de un humano, más allá de lo que le habían contado. Roland no parecía peligroso, solo un niño herido, atrapado.

"Yo... no te haré daño," murmuró ella, tomando una decisión. "Espera, voy a ayudarte."

Con cuidado, Brynja se acercó y se arrodilló junto a él, observando la manera en que las raíces habían atrapado su pierna. Sus manos fuertes, propias de los trolls, comenzaron a mover la pesada madera que lo mantenía inmovilizado. Tras varios intentos, finalmente logró liberar a Roland.

"¡Gracias!", exclamó él, con alivio en su voz, aunque cuando intentó ponerse de pie, su rostro se torció de dolor. "Mi pierna... no puedo caminar."

Brynja lo observó en silencio, sintiendo una mezcla de pena y responsabilidad. "Te ayudaré a volver a tu pueblo," dijo con firmeza, a pesar de que sabía que estaba rompiendo todas las reglas que su familia le había impuesto.



"¿Por qué... me ayudas?", preguntó Roland mientras apoyaba su brazo sobre los hombros de Brynja para mantener el equilibrio. "Mi padre siempre dice que los trolls nos odian."

"Mi familia me ha dicho lo mismo sobre los humanos," respondió Brynja, caminando lentamente junto a él. "Pero no entiendo por qué. Nunca había visto a un humano hasta hoy."

"Yo tampoco he visto a un troll... Eres diferente a lo que me imaginaba", confesó Roland, mirando de reojo su piel grisácea y los pequeños cuernos que sobresalían de su frente. "Mi abuelo cuenta historias sobre trolls, pero... no pareces como en las historias."

"¿Historias?" Brynja sonrió, aunque con cierta tristeza. "Mi madre dice que los humanos son crueles y que causaron mucho dolor hace mucho tiempo. Pero no pareces cruel."

"Tal vez solo cuentan esas historias para que no hablemos unos con otros", sugirió Roland, con una mirada pensativa. "A lo mejor... las cosas no son como fueron antes."

El silencio cayó sobre ambos mientras avanzaban por el bosque. Sus pasos eran lentos, pero constantes. Aunque apenas se conocían, la tensión inicial se disipaba poco a poco, reemplazada por una extraña pero reconfortante sensación de compañía. Cada uno había crecido con un miedo inculcado por sus respectivas familias, pero en ese momento, los dos niños se daban cuenta de que lo que les habían enseñado podría no ser del todo cierto.



Al llegar a la linde del bosque, lo suficientemente cerca del pueblo humano para que Roland pudiera regresar por su cuenta, se detuvieron.

"¿Volveré a verte?", preguntó Roland, mirando a Brynja con esperanza.

"No debería..." Brynja apartó la mirada, sabiendo lo peligroso que sería para ambos si alguien descubría su encuentro. "Pero... también quiero volver a verte."

Ambos sonrieron tímidamente, sabiendo que habían roto las primeras barreras que los separaban. Su amistad, aunque prohibida, acababa de nacer bajo las mismas estrellas que, mil años antes, habían sido testigos de una tragedia. Tal vez, en ellos, nacía una esperanza que el mundo no había conocido desde entonces.

Los años pasaron, y con cada estación que se desvanecía, Brynja y Roland fortalecían su amistad. Bajo la cobertura de la noche, se encontraban en el mismo claro del bosque, siempre en secreto. Sabían que un descubrimiento de su relación sería catastrófico, no solo para ellos, sino para sus familias y sus respectivos pueblos. Sin embargo, el vínculo que habían formado era más fuerte que el miedo a ser descubiertos.

Sus conversaciones, que al principio eran tímidas y llenas de incertidumbre, pronto se convirtieron en los momentos más anhelados de su día. En esas horas compartidas, eran libres de explorar las profundidades del mundo del otro, descubriendo que, a pesar de ser de especies distintas, sus corazones latían con la misma curiosidad y bondad. Se reían, compartían historias de sus familias, y a menudo se maravillaban de lo similares que eran sus mundos, aunque la historia los hubiera separado.



"¿Cómo es vivir en tu aldea?", preguntó Roland una noche mientras ambos se recostaban sobre la hierba húmeda, mirando las estrellas. "¿Qué hacen los trolls para divertirse?"

Brynja rió suavemente. "Nosotros... nos divertimos en la naturaleza. Mi padre siempre dice que los trolls debemos vivir en equilibrio con los bosques, no dominarlos. Pasamos mucho tiempo cuidando de las plantas y los animales. Es nuestra forma de respetar la vida que nos rodea."

Roland asintió, pensativo. "Mi padre, el barón Godwin, también cree en cuidar la tierra. Dice que si la maltratamos, un día la tierra nos castigará. Por eso siempre ha sido justo con los campesinos y cuidadoso con los bosques que están bajo su protección."

Brynja se volvió hacia él, sorprendida. "Nunca imaginé que un humano pensara así. Las historias que escuché siempre decían que los humanos destruyen todo lo que tocan."

"Yo he oído lo mismo sobre los trolls," replicó Roland con una sonrisa. "Pero después de conocerte, sé que esas historias no son verdad."

Ambos se quedaron en silencio durante un momento, escuchando el suave susurro del viento entre los árboles. Aunque compartían risas y anécdotas de sus vidas, había una sombra que siempre se cernía sobre sus conversaciones: la maldición de la Luna de Sangre. Esa maldición había condenado a sus dos especies a la enemistad, y por mucho que lo intentaran, no podían ignorar el abismo que existía entre ellos.



"¿Alguna vez piensas en la maldición?" preguntó Roland en voz baja, como si mencionar las palabras pudiera invocar su oscuro poder.

Brynja asintió, su rostro serio. "A veces. Me pregunto por qué tiene que ser así. Que hicimos para merecer esto?", Brynja se pauso, y añadió con una voz teñida de tristeza, "Mi madre siempre dice que la Luna de Sangre es un recordatorio de que no debemos cruzar ciertas fronteras. Que estamos destinados a permanecer separados."

Roland la miró con determinación en sus ojos. "Brynja, creo que juntos podemos encontrar una salida a ella"

Brynja sonrió con tristeza. "De verdad? Te quiero creer, pero a veces el miedo que siento por ella me paraliza y casi no puedo respirar"

Ambos compartían esa carga, la dualidad de su relación. Por un lado, sentían una alegría inmensa al estar juntos, compartiendo sus mundos y sueños. Por otro, no podían evitar la tristeza que venía con el conocimiento de que su amistad, su conexión, siempre estaría marcada por la maldición.

Pero sabían que sus mundos no estaban tan alejados como les habían hecho creer.

Roland provenía de una familia respetada. Su padre, el barón Godwin, era conocido por su sabiduría y justicia. Era un líder querido, uno que priorizaba el bienestar del pueblo y el respeto por la naturaleza. Bajo su gobierno, el pueblo prosperaba, y Roland había heredado esos mismos principios. Sabía que su vida estaba destinada a seguir los pasos de su padre, a convertirse en un hombre que velara por el bienestar de su gente.



Brynja, por su parte, provenía de una pequeña pero unida familia troll. Su padre, Rundak, y su madre, Vilda, siempre habían enseñado a Brynja a respetar el equilibrio natural del bosque. Zugmar, el anciano de su familia, le contaba historias de la antigua sabiduría de los trolls, recordándole la importancia de vivir en armonía con la tierra.

Ambas familias, aunque separadas por la especie, compartían una filosofía similar: el respeto por la vida y la naturaleza. Pero esa conexión, invisible y silenciosa, no era suficiente para cambiar el legado de enemistad que pesaba sobre ellos.

Roland cogió las manos de Brynja con delicadeza y seguridad. Quería que sus siguientes palabras fueran un ungüento que aliviara el pesar que tenía Brynja en su corazón: "Te juro que encontraremos un modo de romper la maldición"

Esa noche, mientras la luna brillaba sobre ellos, compartieron la esperanza de un futuro diferente. Sabían que su amistad era un riesgo, pero también sabían que era un riesgo que valía la pena.



****Capítulo 2: Luna de sangre****

El tiempo avanzaba inexorablemente, y con cada día que pasaba, Brynja y Roland se acercaban a los veinte años de edad. Su amistad había evolucionado hasta convertirse en un lazo inquebrantable, basado en una confianza absoluta que ningún ser o maldición parecía poder romper. Sin embargo, a pesar de la cercanía que compartían, el abismo de la maldición de la Luna de Sangre se cernía sobre ellos como el hacha de un verdugo, una sombra que amenazaba con cortar todo lo que habían construido juntos.

La maldición, que durante siglos había transformado a los trolls en criaturas feroces y sedientas de carne humana, era inminente. Cada vez que la Luna de Sangre aparecía en el cielo, los trolls perdían el control de sí mismos, convertidos en monstruos insaciables. Durante cientos de años, su gente había tratado de encerrarse y proteger a los humanos, pero a veces las bestias internas que surgían eran demasiado poderosas para ser contenidas. Esa maldición había levantado una muralla insuperable entre los trolls y los humanos, una barrera que ni siquiera Brynja y Roland sabían si podrían superar.

"Tenemos que enfrentarlo juntos, Brynja", dijo Roland una noche, sus ojos llenos de una mezcla de determinación y desesperación. "No podemos dejar que esto nos separe. Si lo que sentimos es real, debemos superar esta prueba."



Brynja lo miró con el corazón en un puño. Las palabras de Roland le tocaban lo más profundo de su ser, pero el miedo que sentía era abrumador. "Roland... no entiendes lo que estás pidiendo. No podré controlarlo. Si te hago daño... nunca me lo perdonaría."

"Y yo nunca me perdonaría si te dejas sola en este momento", respondió Roland con firmeza, tomando las manos de Brynja entre las suyas. "Hemos superado tanto juntos. No quiero que esto sea lo que nos separe."

Los ojos de Brynja se llenaron de lágrimas, pero asintió, sabiendo que Roland no cedería. "Está bien. Si estás decidido, lo haremos. Pero solo si prometes tomar todas las precauciones. No podemos arriesgarnos."

"Lo prometo", dijo Roland, su voz suave pero firme. "Haré lo que sea necesario para mantenernos a salvo."

Juntos, eligieron una cueva remota, lejos de cualquier aldea o asentamiento humano, donde podrían llevar a cabo su plan. Brynja insistió en que Roland utilizara fuertes cadenas para inmovilizarla durante el proceso. "Es la única manera", dijo ella, su voz quebrándose mientras imaginaba lo que podría suceder. "No puedo permitir que te pase nada."



Aunque el corazón de Roland se rompía al verla encadenada de esa manera, sabía que era necesario. Cada clavo que fijaba en las cadenas le dolía más que cualquier herida física, pero lo hacía sin dudar, pues su deseo de estar a su lado era más fuerte que su miedo.

A medida que el sol comenzaba a ponerse y la noche cubría el cielo, la tensión en la cueva crecía. Brynja podía sentir cómo una energía oscura comenzaba a invadir su cuerpo. La transformación estaba cerca. Roland, sentado a su lado, la miraba con una mezcla de preocupación y esperanza. Sabía que debía mantener la calma, debía ser su ancla, pero no podía evitar sentir un miedo creciente.

"Estoy aquí, Brynja", susurró Roland, tomando su mano aunque estuviera encadenada. "No voy a dejar que te pierdas en esto."

Brynja apretó la mano de Roland con fuerza, luchando contra la creciente ola de oscuridad que se cernía sobre ella. "Lo intento... Roland... pero es tan fuerte..."

Con cada minuto que pasaba, Brynja sentía como si una fuerza oscura y salvaje tomara el control de su cuerpo, empujándola hacia una bestialidad que no podía frenar. La conciencia de Brynja se mantenía al borde de un precipicio, observando cómo su propio cuerpo se rendía al instinto más primitivo y cruel. Luchaba contra esa oscuridad, pero su esfuerzo era en vano. Era como intentar detener el curso de un río con las manos desnudas.



"¡Brynja, resiste!", gritó Roland, desesperado mientras veía cómo los ojos de su amiga se volvían rojos, la marca inconfundible de la maldición.

"¡No puedo!", gritó ella, su voz ya transformada en un rugido. "¡Es demasiado fuerte!"

Finalmente, la fuerza oscura venció a Brynja, y lo único que detuvo su avance hacia Roland fueron las cadenas que la sujetaban. Rugía, se retorció, tratando de liberarse, pero las cadenas, aunque firmes, apenas contenían su furia. Roland retrocedió, sus ojos llenos de lágrimas al ver a su amiga transformada en una criatura irreconocible, pero se negó a huir. No podía abandonarla, no después de todo lo que habían pasado juntos.

La noche fue larga y angustiante. Roland pasó cada segundo con el corazón en un puño, temiendo que su amiga no regresara de esa oscuridad. Pero cuando los primeros rayos del sol comenzaron a asomarse por el horizonte, la transformación llegó a su fin.



Cuando Brynja despertó al amanecer, lo primero que vio fue a Roland a su lado, todavía vigilante, con el rostro marcado por la falta de sueño y la angustia. Las cadenas que la habían atado ahora colgaban laxas, sin tensión, y ella, exhausta y derrotada, se sentó lentamente, con el rostro cubierto de vergüenza.

"Roland... lo sentí todo", murmuró Brynja, su voz temblorosa. "Era consciente de lo que estaba haciendo, pero era como si mi cuerpo ya no me perteneciera. Esa... esa oscuridad tomó el control de mí y no pude detenerla. Fui una simple espectadora... de todo el horror."

Roland se arrodilló frente a ella, tomando su rostro entre sus manos con suavidad. "No fue tu culpa, Brynja. Sabía que esto sería difícil, pero lo superamos juntos. Y te prometo, vamos a encontrar una manera de romper esta maldición."

Aunque Brynja asintió, en su interior las dudas seguían presentes. ¿Cómo podían, dos jóvenes, romper una maldición tan antigua y poderosa? La vergüenza de lo que había sucedido, de haber mostrado esa parte monstruosa de sí misma ante Roland, la consumía. No estaba segura de si alguna vez podría dejar atrás ese sentimiento.

Pero antes de que pudiera decir algo más, Roland la sorprendió. Él quiso disipar todas las dudas de su amada y con una decisión silenciosa, se inclinó y la besó. Fue un beso suave, lleno de promesas y esperanza, y en ese momento, la chispa de un amor más profundo se encendió entre ellos.

"Vamos a lograrlo, Brynja", susurró Roland, con una sonrisa que iluminaba su rostro. "Juntos. Vamos a romper esta maldición."



Juntos, se embarcarían en la búsqueda de una manera de destruir la terrible maldición que pesaba sobre sus vidas. Sabían que tenían un arduo viaje por delante en búsqueda de la verdad. Roland se aventuraría en su investigación en el mundo humano, donde las historias de antiguas leyendas y los secretos de los ancianos podrían ofrecer pistas sobre la forma de romper la maldición. Se adentraría en bibliotecas olvidadas y se reuniría con eruditos, dispuesto a arriesgarlo todo por la salvación de Brynja y su amor.

Mientras tanto, Brynja haría lo mismo en el mundo espiritual. Se adentraría en los misterios de su linaje, buscando respuestas entre los ecos de sus ancestros. Las visiones de su pasado podrían revelar la clave para controlar la oscuridad que amenazaba con consumirla. En cada ritual, cada invocación, sentiría la presencia de Roland cerca de su corazón, lo que le daría fuerzas en los momentos más oscuros.

Serían años duros de separación, llenos de desafíos y pruebas que pondrían a prueba su amor y determinación. Pero su convicción no podía ser más firme. Con la chispa del amor guiando sus pasos, sabían que, aunque el camino sería difícil, juntos podrían superar cualquier obstáculo y encontrar la manera de vencer la maldición que los mantenía apartados.



****Capítulo 3: El camino a la verdad****

Los siguientes diez años se convirtieron en un largo y arduo viaje para Roland. Con la firme convicción de que existía una manera de romper la maldición, comenzó su investigación, recorriendo cada rincón del reino en busca de respuestas. Las grandes bibliotecas y abadías, lugares donde el conocimiento se guardaba celosamente, eran sus primeros destinos. Sin embargo, pronto descubrió que la información que buscaba era más difícil de obtener de lo que había anticipado.

Los documentos antiguos sobre los trolls y la maldición eran escasos, y aquellos que aún existían estaban llenos de lagunas, quemados o deliberadamente borrados. A veces, las pistas que encontraba lo llevaban a puntos muertos, lugares donde la verdad se había perdido en el tiempo o en el miedo de la gente.

"¿Por qué nadie quiere hablar de la maldición?", murmuró Roland, frustrado tras otra investigación infructuosa en una abadía.

"Porque las heridas que dejó aún están abiertas", respondió un monje anciano con quien había compartido una copa de vino. "La gente teme a los trolls. Y el miedo, joven Roland, no es un aliado de la verdad."

Pese a las dificultades, Roland persistió. A veces, la investigación lo llevó a lugares más oscuros: tabernas llenas de contrabandistas, barrios peligrosos donde las leyendas sobre trolls eran distorsionadas y mezcladas con superstición. Fue en una de esas tabernas, durante una noche lluviosa, cuando se topó con un anciano borracho que parecía saber más de lo que dejaba entrever.



"Escúchame, muchacho", dijo el anciano con la lengua suelta por el alcohol. "No son solo los trolls de los que debes cuidarte. Hay humanos... que no quieren que la verdad salga a la luz."

"¿Qué quieres decir?", preguntó Roland, inclinándose hacia él, intrigado por el tono conspirativo en la voz del hombre.

"Shhh", susurró el anciano, mirando a su alrededor antes de hablar con mayor claridad. "Hay fuerzas, fuerzas antiguas, que harían cualquier cosa para mantener el mundo como está... Cuidado con el símbolo, joven. Lo verás. Y cuando lo hagas... sabrás que estás demasiado cerca."

Intrigado por las revelaciones del anciano, Roland decidió encontrarse con él al día siguiente en su pensión, con la esperanza de desentrañar más secretos sobre la oscura verdad que había comenzado a descubrir. Sin embargo, al abrir la puerta de aquella habitación, el horror lo paralizó. Allí, el anciano yacía crucificado en la pared, su cuerpo inerte colgando con una macabra serenidad. En su pecho, una extraña marca estaba dibujada con su propia sangre, una figura desconcertante que parecía irradiar una diabólica intensidad en la penumbra de la habitación.

La imagen lo estremeció hasta lo más profundo de su ser. Roland trató de recuperar la calma, luchando contra las náuseas que amenazaban con inundar su estómago. Miró a su alrededor con cautela, buscando cualquier indicio de que el peligro que había acabado con la vida del anciano aún pudiera estar acechando. La atmósfera estaba cargada de una tensión palpable, como si el aire mismo temiera pronunciar un sonido.



Centró su atención en la figura pintada con la sangre del anciano. Era un símbolo que nunca había visto antes, pero que, de alguna manera, resonaba en su mente como un eco oscuro. La inquietud lo invadía, pues estaba claro que su investigación había tocado fibras sensibles, y alguien, o algo, estaba decidido a silenciarlo.

No quiso tentar mas a su suerte y decidió abandonar la habitación. Todavía no conocía la mano oscura que parecía acecharlo. Necesitaba más información. Con un último vistazo a la escena macabra, abandonó rápidamente la pensión, su mente llena de preguntas y su espíritu decidido a descubrir la verdad, cueste lo que cueste.



Con el paso del tiempo, Roland comenzó a notar el símbolo en otros lugares. Aparecía en documentos antiguos, grabado en paredes de lugares inhóspitos a los cuales su investigación le dirigía. Pronto llegó a la conclusión de que se trataba de una organización, algo más grande de lo que había imaginado inicialmente.

La atmósfera se tornaba cada vez más pesada a medida que Roland recorría las calles de la ciudad. Aquel sentimiento inquietante se había convertido en su sombra, una presencia invisible que lo seguía con cada paso. Era como si unos ojos invisibles lo escrutaran, observando cada movimiento, cada susurro que escapaba de sus labios. Incluso cuando las calles parecían desiertas, había una opresión en el aire que lo hacía sentir vulnerable, como si cada esquina pudiera ocultar un peligro inminente.

Roland se detuvo un momento, apoyándose contra la fría piedra de un edificio. Cerró los ojos y respiró hondo, intentando despejar su mente de la paranoia. Pero la sensación persistía, una oscura advertencia que lo mantenía en alerta. Sabía que su investigación lo había llevado a tocar fibras sensibles, y ahora parecía que fuerzas desconocidas deseaban mantener la verdad oculta a cualquier precio.

Con determinación renovada, Roland se obligó a seguir adelante. No dejaría que la sombra del miedo lo detuviera. La verdad estaba ahí fuera, y él estaba decidido a desenterrarla, sin importar el precio.



Mientras Roland investigaba en el mundo físico, Brynja, por su parte, emprendió su propio viaje. Siguiendo las enseñanzas del anciano Zugmar, comenzó a explorar el mundo espiritual. Los trolls, en comunión más estrecha con la naturaleza, tenían una conexión única con ese mundo etéreo donde los secretos de la antigüedad se ocultaban.

Zugmar, con su voz temblorosa por los años, le advirtió sobre los peligros. "El mundo espiritual es vasto y desconocido, Brynja. Acceder a él no es complicado, pero permanecer allí demasiado tiempo... puede costarte el alma. Si te pierdes, si cedas a sus tentaciones, podrías quedar atrapada para siempre, dejando tu cuerpo aquí, vacío."

A pesar del riesgo, Brynja sabía que este era el único camino hacia la verdad. Al igual que Roland, estaba dispuesta a enfrentar cualquier desafío para romper las cadenas de la maldición.

En sus primeros viajes al mundo espiritual, Brynja se encontró con las almas de sus antepasados. Las distancias no se recorrían caminando, sino con la fuerza de la voluntad. "Debes tener una convicción firme", le repetía Zugmar. "Solo los espíritus que saben lo que buscan pueden moverse en ese mundo sin perderse."



El mundo espiritual, aunque inicialmente imperceptible, se revelaba como un vasto laberinto de simetría respecto al mundo físico. En este plano etéreo, el tiempo carecía de la linealidad que los mortales conocían. Las épocas pasadas se entrelazaban y superponían, creando una complejidad que desafiaba la lógica. Era un lugar donde los ecos de la historia resonaban, donde cada hilo temporal contaba una historia, un relato de tiempos que habían sido, pero que aún vibraban en la esencia del mundo espiritual.

Al entrar en este reino, uno podía observar cómo los hilos del tiempo se extendían en todas direcciones. Los hilos más cercanos al presente eran de un color oscuro e intenso, brillando con una energía palpable, como si todavía estuvieran vivos con las emociones de aquellos eventos que los habían tejido. Sin embargo, a medida que uno retrocedía, los hilos se volvían más débiles, más etéreos, sus colores desvaneciéndose en tonos tenues que eran difíciles de detectar. Era un recordatorio de que el tiempo, aunque eterno en su flujo, también era efímero en su manifestación.

Cada hilo tenía su propio ciclo de vida: un inicio, un desarrollo y un final. Algunos hilos, aquellos que representaban eventos cotidianos, se desvanecían rápidamente, como simples susurros que apenas dejaban rastro. Pero había otros, hilos que se entrelazaban con eventos críticos, que podían perdurar durante siglos, milenios, resonando con la fuerza de las decisiones tomadas y las tragedias vividas. Estos hilos eran como raíces profundas que se aferraban al suelo del tiempo, negándose a ser olvidados.



La intensidad de los eventos influía en la vida de estos hilos. Los momentos de gran pasión, dolor o conflicto dejaban marcas indelebles, atrapando la esencia de aquellos que habían vivido y luchado. Brynja, al explorar este mundo, podía sentir la carga emocional que emanaba de los hilos. A veces, al tocar uno de esos hilos vibrantes, era como si las memorias de los ancestros fluyeran a través de ella, narrando historias de amor, traición y esperanza que habían quedado atrapadas en el tejido del tiempo.

Sin embargo, el mundo espiritual no era solo un refugio de recuerdos; también era un lugar de peligros ocultos. Aquellos que se aventuraban demasiado lejos podían perderse en la maraña de hilos, atrapados en un tiempo que no les pertenecía. Las sombras acechaban entre los hilos, recordando a Brynja que, aunque buscaba la verdad, debía proceder con cautela. El viaje a través del mundo espiritual era un camino lleno de maravillas y peligros, donde cada descubrimiento podía acercarla a la verdad, pero también poner en riesgo su propia esencia.

Poco a poco, y con mucho entrenamiento, Brynja comenzó a desentrañar pequeños fragmentos de la historia de los trolls antes de la maldición. Cada viaje la acercaba un poco más a la verdad, pero también traía consigo un peligro creciente. Con cada incursión, sentía una presencia oscura observándola, acechando en las sombras del mundo espiritual.



Fue después de varios años de arduo entrenamiento y exploración en el mundo espiritual que Brynja finalmente comenzó a dominar la compleja navegación de ese plano etéreo. Con cada viaje, su conexión con los hilos temporales se volvía más fuerte, y su habilidad para desentrañar las historias ocultas de sus ancestros se agudizaba. Sin embargo, en una de sus incursiones, se topó con algo inesperado que cambiaría su percepción del mundo espiritual para siempre.

Escondido entre la bruma del tiempo, encontró un hilo que brillaba con una intensidad abrumadora. Era un color más profundo y vibrante que cualquier otro que había visto hasta entonces, incluso más que los hilos que conectaban con la realidad presente. Intrigada, Brynja se dio cuenta de que este hilo podría estar relacionado con un evento significativo sucedido hace mil años. No lo había detectado antes, pues estaba velado por una niebla espesa que lo hacía prácticamente invisible a los ojos inexpertos.

Con cautela, Brynja empezó a investigar ese hilo. La curiosidad la guiaba mientras buscaba respuestas en las memorias de sus antepasados. Se concentró y comenzó a conversar con el espíritu de un ancestro que parecía estar profundamente conectado con ese hilo. Era un troll sabio, uno que había vivido en tiempos anteriores a la maldición que había marcado a su pueblo. Su presencia era reconfortante, y Brynja sintió que, al desentrañar este hilo, podría obtener valiosa información sobre el origen de la maldición y, tal vez, una forma de romperla.



Sin embargo, mientras la conversación fluía, un cambio repentino y perturbador ocurrió. El ancestro, cuyo rostro reflejaba sabiduría y paciencia, de pronto se paralizó, su mirada se tornó de calma a horror. Brynja sintió que algo no estaba bien, pero no pudo identificar qué era. "**¡No! ¡Viene por nosotros!**" gritó el espíritu en un arranque de terror. Sus palabras resonaron en la mente de Brynja como un eco desgarrador, antes de que el ancestro se desvaneciera en un destello de pánico puro, dejándola sola en la inmensidad del mundo espiritual.

Brynja sintió una fría mano invisible rodear su alma, un contacto helado que la hizo estremecer. Era como si una presencia oscura estuviera pisándole los talones, acechando entre las sombras del tiempo. Con un jadeo desesperado, se vio obligada a regresar al mundo real, un acto que requirió de toda su fuerza de voluntad. La transición fue abrupta, y al abrir los ojos, se encontró en su habitación, su cuerpo temblando, cubierto de sudor frío.

La sensación de ser observada la invadió con fuerza. Era la misma inquietud que había sentido en sus viajes al mundo espiritual, pero ahora era palpable, como si una sombra oscura se hubiera infiltrado en su realidad. Brynja comprendió que algo, o alguien, no quería que siguiera buscando la verdad. Esa revelación la llenó de un profundo miedo, pero al mismo tiempo, su determinación se avivó. Sabía que el camino hacia la verdad estaba plagado de peligros, pero el deseo de liberar a su pueblo de la maldición era más fuerte que el terror que sentía.

Con el corazón latiendo con fuerza y la mente llena de preguntas, Brynja se prometió a sí misma que no se dejaría detener. La búsqueda de la verdad era su destino, y aunque las sombras la acechaban, estaba decidida a enfrentarlas. No permitiría que el miedo gobernara su vida; en cambio, lo transformaría en el combustible que impulsaría su viaje hacia la verdad. La oscuridad podía ser poderosa, pero su luz interior era aún más brillante.



****Capítulo 4: Rescate al alba****

Diez años habían pasado desde que Roland y Brynja iniciaron su búsqueda, y ahora, la próxima Luna de Sangre estaba a solo una noche de distancia. A lo largo de esos años, Roland había recorrido innumerables caminos, consultado bibliotecas y monasterios, siempre buscando respuestas. Aquella noche, tras horas de estudio en una abadía, salió a la fría oscuridad con un hallazgo que podría ser clave en su investigación.

Había descubierto una mención oculta, un nombre tachado en un viejo manuscrito, un nombre que había estado casi borrado de la historia: Isolde. El nombre resonaba en su mente como un eco, y aunque todavía no comprendía completamente su conexión con la maldición, Roland sabía que estaba en el camino correcto. La pieza clave que le faltaba había sido revelada, y con ella, la certeza de que pronto llegaría a la verdad que tanto había buscado.

"Isolde..." murmuró Roland mientras caminaba por las calles desiertas. "Si descubro quién eras y qué papel jugaste, quizás podré detener todo esto..."

Pero mientras meditaba sobre su descubrimiento, no se dio cuenta de que la oscuridad a su alrededor estaba cobrando vida. En las sombras del callejón, figuras siniestras se movían, siguiendo cada uno de sus pasos.



Roland sintió un escalofrío recorrer su espalda cuando percibió un crujido detrás de él. Se giró rápidamente, sus ojos se ajustaron a la penumbra y, en un instante, vislumbró varias siluetas emergiendo de las sombras, bloqueando su camino. Su corazón empezó a latir con fuerza, como un tambor de guerra resonando en su pecho. Sin pensarlo dos veces, torció su rumbo, adentrándose en un callejón lateral, con la esperanza de perder a sus perseguidores.

Pero, en el silencio de la noche, el sonido inconfundible de pasos rápidos y decididos resonó a sus espaldas. El pánico se apoderó de él. La adrenalina corría por sus venas mientras su mente se llenaba de imágenes de lo que podría suceder si lo atrapaban. Corrió con todas sus fuerzas por las calles estrechas, sus pies golpeando el adoquinado en un ritmo frenético, sintiendo cómo los pasos se multiplicaban detrás de él como un eco ominoso. Cada giro, cada esquina que doblaba, se convertía en una trampa más, y sabía que no había forma de detenerse.

La oscuridad parecía cobrar vida a su alrededor, como si las sombras mismas fueran cómplices de sus perseguidores. Estaba a solo unos metros de la salida del callejón cuando, de repente, un hombre gigantesco apareció ante él, bloqueando su paso. Su figura era imponente, y una risa burlona resonó en el aire, haciéndole sentir que su destino estaba sellado.

Desesperado, giró sobre sus talones, pero el aire se volvió denso y pesado, como si el mundo mismo se hubiera puesto en su contra. En un instante, sus perseguidores ya lo habían alcanzado. No hubo tiempo para pensar, no hubo tiempo para reaccionar. Un golpe seco y contundente en la cabeza lo sumergió en la oscuridad.



Mientras caía, el mundo se desvaneció en un torbellino de luces y sombras. El eco de sus pensamientos se entrelazaba con la sensación de abandono, y en una fracción de segundo, su mente se llenó de imágenes de Brynja, de su amor y de la promesa de liberar su alma de la maldición. Pero la oscuridad lo envolvió, llevándolo a un abismo insondable.

En ese instante, el eco de sus pasos se desvaneció, y el frío de la noche se adueñó de su ser. La lucha se apagó, y con ella, una chispa de esperanza se extinguió momentáneamente. ¿Qué pasaría con él? ¿Qué sucedería con Brynja si no podía cumplir su misión?

Sin embargo, en el momento en que el silencio se asentó, una sombra se deslizó en la penumbra, y el destino de Roland estaba a punto de tomar un giro inesperado. La lucha no había terminado, y, aunque inconsciente, su espíritu seguía aferrándose a la vida, a la verdad que había estado buscando durante tanto tiempo.



Cuando Roland despertó, el aire húmedo y frío de la celda lo envolvió. Su cuerpo estaba atado de pies y manos a una silla de madera tosca. Intentó moverse, pero las cuerdas eran demasiado fuertes. A su lado, un guardia se mantenía en silencio, vigilando la puerta de la celda. El guardia notó que Roland había recuperado la conciencia y, sin decir una palabra, hizo una señal hacia la sombra de la puerta, donde otro guardia invisible respondió con un leve movimiento.

Momentos después, la puerta chirrió y una figura entró lentamente en la celda. Era un hombre alto, de cabello gris y ojos oscuros, vestido con túnicas negras adornadas con símbolos desconocidos. Su presencia irradiaba autoridad y peligro. Roland lo observó con cautela.

"Finalmente despiertas, Roland," dijo el hombre con una voz fría y calculadora. "Soy Osric, el líder de la Orden de la Cruz Negra, una organización secreta al servicio de la iglesia. Hemos estado siguiendo tus pasos durante años."

Roland apretó los dientes, sabiendo que estaba en grave peligro, pero intentó mantener la calma. "¿Qué quieren de mí?"

Osric sonrió con una mezcla de desdén y satisfacción. "No es lo que queremos de ti, sino lo que ya sabemos de ti. Has estado hurgando en secretos que no debían ser descubiertos, y peor aún, tienes la audacia de asociarte con un troll."

El estómago de Roland se encogió. Sabían sobre Brynja.

"Has sido juzgado, Roland," continuó Osric, caminando lentamente alrededor de la silla. "Tus acciones han demostrado que eres un cómplice de la amenaza troll, un enemigo del orden divino. Y por eso, ya has sido condenado."



Roland tragó saliva, sintiendo el peso de las palabras. "¿Condenado? ¿Por qué crimen? Solo busco la verdad."

"La verdad es peligrosa, joven Roland. No es algo que todos deban conocer. Especialmente cuando la verdad amenaza el equilibrio que hemos mantenido por siglos. Has descubierto demasiado, y por eso, mañana al amanecer, serás ejecutado. La hoguera será tu destino."

La sangre de Roland se heló. Iban a matarlo al amanecer. Todo lo que había hecho, todo lo que había luchado por descubrir, terminaría en unas pocas horas. Pero algo en su interior se negaba a rendirse. Brynja. Pensó en ella, en su amor, en la promesa de liberar su alma de las cadenas de la maldición. No podía morir ahora.

"¿Y qué hay de Isolde?" preguntó Roland, tratando de ganar tiempo, sabiendo que esa información podría alterar a Osric. "Sabes tanto, pero dudo que sepas la verdad sobre ella. ¿Qué papel jugó ella en la maldición?"

Osric se detuvo en seco, y sus ojos se entrecerraron con sospecha. "Cuidado con tus palabras, muchacho. Has tocado un nombre que estaba destinado a permanecer en el olvido... No importa lo que creas saber, la verdad está mucho más allá de tu alcance."



Roland se dio cuenta de que había tocado una fibra sensible. El nombre de Isolde no solo era clave en su investigación, sino que era una amenaza para aquellos que querían mantener la maldición intacta.

"Has sido un peón en algo mucho más grande de lo que entiendes", continuó Osric. "Y mañana, cuando el sol se alce, serás eliminado, como tantos otros que se han atrevido a desafiar el orden establecido."

Osric se inclinó hacia Roland, sus ojos oscuros penetrando en los suyos. "Reza por tu alma, porque no tendrás mucho tiempo más."

Con esas palabras, Osric se dio la vuelta y salió de la celda, dejando a Roland con el sonido de la puerta cerrándose de golpe tras él. El guardia volvió a su posición, observando en silencio.

Roland respiró profundamente, su mente trabajando a toda velocidad. Tenía que salir de allí, tenía que sobrevivir para poder liberar a Brynja y poner fin a la maldición. Apretó los dientes y miró sus ataduras, buscando alguna forma de escapar. Sabía que el tiempo se acababa, pero su determinación seguía siendo absoluta.

No moriría esa noche. No mientras la verdad estuviera tan cerca.



Al mismo tiempo que Roland caía en manos de sus captores, Brynja se encontraba navegando el vasto e inquietante mundo espiritual. En ese plano etéreo, donde las fronteras del tiempo y el espacio se difuminaban, Brynja había aprendido a ver más allá de la realidad física. A medida que su dominio del mundo espiritual crecía, había descubierto los hilos luminosos que conectaban a las personas en ambos mundos, una red de relaciones y emociones tejidas a lo largo del tiempo.

Podía ver claramente el lazo brillante que la unía a su familia: su padre Rundak y su madre Vilda resplandecían con una luz constante, cálida y segura. La conexión con el anciano Zugmar, su mentor y guía, también era evidente, aunque más tenue y tranquila, como un río sereno bajo la luz de la luna. Sin embargo, el lazo que más brillaba era el que la unía a Roland. El hilo que los conectaba resplandecía con un intenso color morado, vibrante y lleno de vida, como si reflejara la profundidad de los sentimientos que ambos compartían.

Mientras exploraba este vasto entramado espiritual, Brynja sintió de repente un cambio en el hilo que la unía a Roland. Por un breve instante, su luz se apagó. Roland había perdido el conocimiento. Al principio, pensó que simplemente se había quedado dormido, pero pronto, al percibir que la luz volvía a brillar, sintió algo que nunca había experimentado en su conexión con él: terror.

La vibración que emanaba del hilo era frenética, como si algo oscuro y peligroso lo rodeara. Su corazón se aceleró. Roland estaba en peligro, y ella debía hacer algo.



Sin perder tiempo, Brynja corrió a buscar a Zugmar en el mundo físico, rompiendo su conexión espiritual momentáneamente. El anciano la recibió en su modesta cabaña, su mirada tranquila pero profundamente preocupada al ver la urgencia en el rostro de su joven aprendiz.

"Zugmar, algo terrible le está pasando a Roland", dijo Brynja, jadeando mientras trataba de explicarse. "Puedo sentir su miedo... ¡Debo encontrarlo!"

Zugmar asintió lentamente. Sabía de la relación entre Brynja y Roland, y aunque no la aprobaba por completo, entendía la pureza de sus corazones y la conexión especial que los unía. Con una resignación tranquila, aceptó que nada detendría a Brynja en su búsqueda.

"Escucha bien, Brynja", dijo Zugmar, su voz suave pero firme. "El mundo espiritual puede mostrarnos más de lo que los ojos pueden ver, pero encontrar a alguien en el mundo físico desde allí es una tarea peligrosa. Sin embargo, sé cómo guiarte."

Brynja lo observaba con atención, su corazón acelerado mientras absorbía cada palabra.

"Debes seguir el hilo de tu conexión con Roland", explicó Zugmar. "Tira de él con cuidado, afínalo. Sentirás su esencia, y si concentras toda tu voluntad, podrás encontrarlo en el mundo físico. Pero ten cuidado: cuanto más te acerques a la verdad, más resistencia encontrarás."



Sin dudar, Brynja regresó al mundo espiritual. Cerró los ojos y, tal como Zugmar le había indicado, comenzó a tirar del hilo morado que la unía a Roland. Sentía cómo su presencia se deslizaba a través de las capas del mundo etéreo, cada vez más cerca de su amado. El hilo se hacía más fuerte, más claro.

Sin embargo, justo cuando estaba a punto de localizarlo, una presencia oscura apareció en su camino. La negrura era espesa, tangible, como si tratara de arrancarle el control que había ganado. Brynja sintió que el aire a su alrededor se volvía denso, y la oscuridad, como una bestia invisible, rugió a su alrededor, tratando de apartarla de su objetivo.

La presión era insoportable. Estaba a punto de ceder cuando, de repente, Zugmar apareció junto a ella en el mundo espiritual, con el rostro grave pero decidido. Sin dudarle, se colocó entre Brynja y la oscuridad, levantando una barrera de luz que impidió que la sombra avanzara.

"¡Ve! Encuentra a Roland", le dijo con urgencia. "No te detengas."

"¡No! ¡Zugmar, no puedes..!" Brynja intentó alcanzarlo, pero el anciano la detuvo con una mirada firme.

"Este es mi destino, Brynja. Tu misión es mucho más importante que la mía. Ahora corre... y no mires atrás."

La oscuridad se abalanzó sobre Zugmar como una ola imparable. Brynja, entre lágrimas, sintió el hilo que la unía a Roland vibrar con mayor intensidad. No podía permitir que el sacrificio de Zugmar fuera en vano. Con un último empujón de voluntad, logró localizar a Roland.



En ese momento, la luz de Zugmar se apagó. El anciano había dado su vida para protegerla. Antes de desaparecer completamente, su voz resonó suavemente en el viento espiritual: "Ella sabe que podeis hacerlo. Solo vosotros podeis romper la maldición. Y recuerda, Brynja, aunque no lo parezca.. tú tienes el control."

De vuelta en el mundo físico, Brynja abrió los ojos con el corazón destrozado por la pérdida de su mentor, pero su determinación intacta. Sabía exactamente dónde estaba Roland. El tiempo corría en su contra, pero ahora no estaba sola. El sacrificio de Zugmar no sería en vano. Brynja lucharía por liberar a Roland y romper las cadenas que los mantenían atrapados en la maldición de la Luna de Sangre.

La noche se extendía como un manto de sombras, y Brynja corría con una velocidad y gracia propias de su naturaleza como troll. Los trolls eran criaturas de la noche, y bajo su oscura cobertura, sus capacidades físicas se multiplicaban. Con cada paso, se deslizaba entre los árboles como si fuera parte del mismo bosque, casi volando entre las ramas y las hojas húmedas. Su respiración era regular, controlada, mientras avanzaba hacia su destino con una urgencia imparable.

El tiempo era su enemigo. El amanecer estaba a solo unas horas de distancia, y Roland corría un peligro mortal. Brynja lo sabía con cada fibra de su ser, y la determinación en su corazón impulsaba cada uno de sus movimientos.



Cuando llegó a las afueras de la ciudad, los primeros indicios de actividad matutina comenzaban a aparecer. Pocas personas se veían en las calles a esas horas: panaderos en camino a sus hornos, algunos guardias de seguridad patrullando, y uno que otro borracho tambaleándose de vuelta a su casa. Brynja, oculta entre las sombras, se movía con sigilo, sus pasos silenciosos como un susurro en el viento. Nadie la vio, y aquellos que lo hicieron no se percataron de su presencia.

Finalmente, llegó a la casa donde Roland estaba prisionero. A simple vista, parecía una vivienda común, pero el gran número de guerreros que la custodiaban indicaba lo contrario. Brynja, agazapada en la oscuridad, observaba cada uno de sus movimientos. Aunque tenía la fuerza necesaria para enfrentarse a dos o tres de esos hombres, la cantidad de guardias hacía imposible un asalto directo. Si quería salvar a Roland, tendría que ser más astuta.

Concentrándose en sus habilidades innatas, Brynja llamó a un aliado silencioso. Los trolls compartían una conexión profunda con la naturaleza, y uno de sus dones era la capacidad de comunicarse con los animales del bosque. Cerró los ojos por un momento y susurró una petición a los seres que habitaban cerca. Unos instantes después, un jabalí apareció entre los arbustos traseros de la casa, atraído por su llamada.

El jabalí hizo ruido al mover los arbustos, gruñendo y tropezando con las ramas. Los guardias, alertados, giraron hacia el sonido. Uno de ellos se dirigió a investigar, mientras el otro se quedó vigilando desde la distancia. Brynja no desperdició la oportunidad. Como una sombra, se deslizó por un costado de la casa y se coló por una pequeña ventana del sótano.



El sótano era oscuro y húmedo, pero lo que más le llamó la atención fue su organización. No era un simple almacén; todo el espacio estaba dividido en celdas, una prisión oculta bajo la apariencia de una vivienda común. Brynja, con la agilidad de una criatura que conocía bien su entorno, se movió entre las vigas del techo, trepando en silencio mientras sus ojos escaneaban cada rincón.

Finalmente, lo vio. Roland estaba atado en una de las celdas, iluminada por varias antorchas. Un guardia permanecía cerca, vigilando. Brynja evaluó rápidamente la situación. La posición del guardia era desafiante; cualquier ataque directo podría dar la alarma. No podía arriesgarse.

Deslizó su mirada hacia Roland, y en ese momento, decidió usar el lenguaje que ambos habían desarrollado a lo largo de los años. Un sistema de señales utilizando sonidos de animales que les permitía comunicarse en secreto. Con un suave susurro, Brynja emitió el ulular de un búho, tan delicado que parecía provenir del exterior. El sonido del búho siempre había significado "peligro", y Roland lo reconoció al instante.

Con cautela, Roland levantó la mirada hacia las vigas del techo. Cuando sus ojos se encontraron con los de Brynja, una mezcla de alivio y esperanza brilló en su rostro, aunque también había una sombra de temor. Brynja, desde su posición, intentó tranquilizarlo con una mirada firme. Todo iba a estar bien.

Con una serie de gestos rápidos, Brynja le indicó a Roland lo que debía hacer. El plan era simple: atraer al guardia lo suficientemente cerca de la puerta para que ella pudiera actuar.



Roland, sin perder tiempo, se dejó caer al suelo con un golpe sordo, haciendo que la silla en la que estaba atado se volcara ruidosamente. El guardia, al escuchar el estruendo, se apresuró hacia la celda, preocupado de que algo le hubiera sucedido al prisionero. Roland, jadeando con fingida angustia, simuló un ataque.

"¡No puedes morir ahora, muchacho! ¡No antes del amanecer!", gritó el guardia, maldiciendo mientras abría apresuradamente la puerta de la celda.

Justo en el momento en que el guardia entró, Brynja se dejó caer desde las vigas del techo con la precisión de un depredador. Cayó sobre el guardia en un solo y silencioso movimiento, lo noqueó con una fuerza controlada antes de que pudiera emitir un solo grito.

El cuerpo del guardia cayó al suelo con un ruido sordo, inconsciente. Brynja, sin perder tiempo, corrió hacia Roland y rápidamente rompió las cuerdas que lo mantenían atado. En cuanto estuvo libre, se abrazaron por un breve segundo, el peso de los años de lucha, miedo y esperanza cayendo sobre ellos.

"No hay tiempo", susurró Brynja, apartándose mientras Roland asentía. Ambos sabían que su mayor reto estaba por venir: escapar.



Brynja sabía que cada segundo contaba. Su plan original era escapar por el mismo camino por el que había entrado, pero cuando se asomó por una pequeña grieta en el muro del sótano, vio que todo había cambiado. Las patrullas habían sido reorganizadas y la salida ahora estaba bajo constante vigilancia. La situación era más peligrosa de lo que imaginaba.

"El camino está bloqueado", susurró, volviendo hacia Roland con el ceño fruncido.

Roland, quien ya había recuperado su fuerza, se acercó cautelosamente. "Esta casa no es solo una prisión cualquiera", le explicó en un tono bajo pero urgente. "Es el cuartel general de la organización secreta de cazadores de trolls de la iglesia. Osric, el líder, me lo contó con detalles... disfrutaba mientras lo hacía, sabiendo que mi ejecución estaba prevista para el alba."

Los ojos de Brynja se llenaron de una mezcla de horror y determinación. No podían perder más tiempo. Roland continuó, con la voz apremiante: "Osric va a dar un sermón a sus seguidores antes de la ejecución. Ese será nuestro momento. Cuando todos estén concentrados en él, tendremos nuestra oportunidad para escapar."

Brynja asintió, sabiendo que era su única opción. Se prepararon, observando cómo los pasos sobre sus cabezas se movían hasta la sala principal. Cuando escucharon el sonido de muchas botas deteniéndose y la profunda voz de Osric comenzando su discurso, ambos supieron que había llegado el momento.



Subieron las escaleras del sótano en silencio, abriéndose paso hacia la primera planta. Cuando llegaron, Brynja se asomó con cautela desde las sombras hacia la sala principal. Ante sus ojos, pudo ver a cerca de treinta cazadores de trolls, todos armados hasta los dientes con espadas, arcos, flechas y hachas. Formaban un semicírculo alrededor de Osric, quien se encontraba en el centro, declamando con su voz grave y llena de autoridad.

"Hoy, al amanecer, entregaremos la justicia divina", decía Osric, mientras su voz resonaba por toda la sala. "El enemigo de la iglesia será purgado por sus crímenes contra la humanidad."

Afortunadamente, Osric no podía contenerse. Era un hombre grandilocuente, y mientras hablaba, acompañaba sus palabras con gestos exagerados y paseos por el espacio frente a sus seguidores. A menudo, perdía la línea directa de visión hacia la sala, lo que ofrecía a Brynja y Roland la oportunidad que necesitaban.

"Ahora", susurró Roland, y ambos se movieron sigilosamente por el pasillo, aprovechando los momentos en los que Osric estaba de espaldas o distraído con sus gestos.

Con una precisión casi milimétrica, lograron cruzar la casa sin ser vistos y alcanzar una puerta lateral. La abrieron con cuidado y, sin hacer ruido, salieron al aire fresco de la madrugada. Una vez fuera, Brynja dejó escapar un pequeño suspiro de alivio, pero el peligro aún no había pasado.



Habían logrado alejarse algunas decenas de metros de la casa cuando un sonido que ninguno de los dos quería oír rompió la quietud de la noche: una alarma comenzó a sonar, fuerte y penetrante, resonando por todo el pueblo. Algo había sucedido dentro, tal vez el guardia en el sótano había sido descubierto, o quizá alguien había notado su escape. No importaba. La única certeza ahora era que debían huir a toda velocidad.

"¡Corre!", gritó Roland, y ambos abandonaron cualquier intento de sigilo para lanzarse a una frenética carrera por las calles.

Las primeras luces del amanecer comenzaban a bañar el cielo, mientras las casas aún estaban sumidas en las sombras. A medida que corrían, los primeros habitantes del pueblo comenzaron a notar su presencia. Algunos ojos curiosos se asomaban por las ventanas, mientras otros se fijaban en la escena con sorpresa, y poco a poco, el miedo se extendió entre ellos.

Detrás de ellos, el sonido de los cascos de los caballos comenzó a resonar por las calles de piedra. Los cazadores de trolls ya estaban en su persecución, y sabían que, si no llegaban al bosque antes del amanecer, estarían perdidos.

"Tenemos que llegar al bosque", dijo Brynja con voz entrecortada mientras corrían. "Es nuestra única oportunidad."

Las calles angostas del pueblo eran un laberinto de callejones y curvas, pero Brynja y Roland corrían sin detenerse, esquivando obstáculos con una agilidad sorprendente. Sin embargo, los cascos de los caballos se acercaban cada vez más, y el sonido metálico de las armaduras de los cazadores de trolls se hacía más fuerte.



Fue entonces cuando Brynja vio algo que podía cambiar el juego: una celda improvisada en la que un enorme jabalí estaba atrapado. El animal, destinado a ser sacrificado, era exactamente lo que necesitaban. Sin dudarlo, Brynja corrió hacia la celda, rompió el cierre con sus manos poderosas y liberó al jabalí.

El animal, confundido y enfurecido, salió corriendo con una fuerza descomunal. Brynja lo detuvo un momento, mirándolo a los ojos, y con un susurro en su lengua secreta, le pidió su ayuda. El jabalí, comprendiendo su propósito, se calmó lo suficiente como para permitir que ella y Roland subieran a su lomo.

Montados sobre el poderoso animal, galoparon a través de las calles angostas con una velocidad que ningún caballo de los cazadores podría igualar. El jabalí zigzagueaba entre los callejones con una agilidad sorprendente para su tamaño, mientras los cascos de los caballos quedaban rezagados detrás.

El viento soplaba en sus rostros mientras el pueblo despertaba de forma abrupta a su paso. Los cazadores gritaban órdenes, pero la confusión y el caos reinaban en las calles. Después de unos frenéticos minutos de persecución, el bosque apareció ante ellos, sus sombras prometiendo la protección que tanto necesitaban.

Una vez entre los árboles, Brynja y Roland sabían que tendrían la ventaja. La naturaleza era su aliada, y en la espesura del bosque, los cazadores de trolls no tendrían oportunidad de seguirlos.

El jabalí los llevó a salvo entre los árboles antes de detenerse finalmente, jadeando por el esfuerzo. Brynja deslizó una mano por su lomo en agradecimiento antes de descender con Roland.



"Gracias", susurró al animal, y con un gruñido leve, el jabalí se adentró en la maleza, desapareciendo en el silencio del bosque.

"Lo logramos", dijo Roland, su voz temblorosa pero llena de alivio.

Brynja asintió, aunque en su interior sabía que la verdadera lucha aún estaba por comenzar. Pero por ahora, al menos, estaban a salvo.



****Capítulo 5: Juicio Final****

Osric se encontraba en el centro de una tormenta interna, incapaz de aceptar el fracaso. La misión de capturar y ejecutar a Roland le había sido encomendada desde lo más alto, un origen envuelto en misterio y poder. Para él, fallar no era una opción, y lo sabía desde el primer momento que recibió la orden.

Como líder de los cazadores de trolls, Osric, al igual que todos los que lo precedieron, había pasado por un rito especial: la comunión con su verdadero líder en el mundo espiritual. Normalmente, el contacto con esa entidad era limitado a la primera iniciación, un momento único que sellaba el pacto de lealtad entre el cazador y las fuerzas más oscuras de la iglesia. Sin embargo, Osric había sido una excepción. Aquella presencia se había comunicado con él nuevamente, directamente, algo casi inaudito.

La voz había sido clara e inapelable: Roland debía morir antes de la Luna de Sangre. No conocía los detalles del porqué, pero comprendía que la fecha tenía un significado profundo. En el mundo espiritual, las fechas no eran arbitrarias. Las energías que allí fluían respondían a ritmos y ciclos invisibles, y Osric no tenía dudas de que sus superiores conocían los secretos que él no comprendía. Pero su misión era clara: matar a Roland antes del amanecer.



Al ver que su presa había escapado, el sentimiento de derrota se apoderó de él, un amargo recordatorio de su fracaso. No podía permitirse ese lujo. Había llegado demasiado lejos, y el costo de fallar no era solo su vida, sino su alma.

Osric se encerró en su estudio, frente al fuego, su mente en una espiral oscura de autocrítica y furia. Sabía lo que debía hacer: comunicarse nuevamente con su líder en el mundo espiritual. Pero temía las consecuencias. Las dos experiencias previas habían sido aterradoras, una mezcla de caos y confusión que lo dejaban agotado y lleno de terror. Esta vez, sería peor.

Sentado en una vieja silla de roble, Osric comenzó el ritual. Cerró los ojos y respiró profundamente, permitiendo que su conciencia se deslizara fuera de su cuerpo físico. Sentía cómo su mente cruzaba el umbral entre los dos mundos, pero esta vez, en lugar de la familiar transición, fue recibido por una tormenta furiosa.

Su cuerpo parecía desgarrarse por dentro mientras un viento invisible lo empujaba hacia el vacío. El dolor era insostenible. Por un momento, Osric pensó que no sobreviviría a ese encuentro. Sin embargo, después de lo que pareció una eternidad, el caos se calmó, y allí, en medio de las sombras, estaba su líder.



La figura frente a él era indistinta, envuelta en oscuridad. Pero el poder que irradiaba no dejaba dudas. Esa entidad no era de este mundo.

Osric intentó hablar, su voz temblorosa y llena de miedo. "Mi... mi señor. Yo—"

Pero fue interrumpido por el frío silencio que se cernía sobre él. Sentía cómo su corazón latía cada vez más rápido, una presión aplastante lo envolvía, como si cada respiración fuera robada de su pecho. Finalmente, la voz de su líder rompió el silencio, y cada palabra fue como un cuchillo que perforaba su alma.

"No volverás a fallar." La voz era tranquila, pero penetrante. "Tienes hasta la noche."

Osric apenas tuvo tiempo de procesar las palabras cuando, de repente, fue arrojado de vuelta al mundo físico. Despertó con un jadeo, sudando y respirando con dificultad, como si hubiera estado a punto de ahogarse. Pero su tormento no había terminado. Apenas abrió los ojos, un dolor indescriptible atravesó su cuerpo.

Cada parte de él ardía, como si su carne estuviera siendo devorada desde dentro. Gritó, incapaz de contener el sufrimiento que lo consumía. Su piel pareció agrietarse y retorcerse, mientras sus manos se transformaban en garras afiladas, y sus músculos se hinchaban grotescamente, ganando una fuerza monstruosa. Sus piernas adquirieron una musculatura tan poderosa que rivalizaba con la de un caballo de guerra, y su torso creció hasta alcanzar el tamaño de una bestia salvaje. Solo su cabeza permaneció humana, aunque sus ojos eran ahora dos pozos de oscuridad total, desprovistos de cualquier luz o humanidad.



Osric se levantó tambaleante y se miró en un espejo cercano. Lo que vio lo dejó maravillado. Su cuerpo había sido transformado en una máquina de destrucción. Se deleitaba en su nueva forma, observando con fascinación cada garra, cada músculo. El poder era palpable. Era más fuerte, más rápido, y con ese poder, sabía que sería imparable.

Con una sonrisa retorcida, murmuró para sí mismo, "Voy a cazar a Roland, y le arrancaré la cabeza. Mi señor sabrá que puede confiar en mí."

Cuando Osric salió de su estudio, sus hombres lo miraron con horror. La monstruosidad en la que se había convertido era una visión aterradora, pero no dudaron. Para ellos, esta transformación no era un castigo, sino una señal de que Osric había sido tocado por los espíritus divinos. El líder de los cazadores de trolls había sido bendecido con el poder necesario para llevar a cabo su misión. Su fe en él era inquebrantable.

"¡Nos vamos!", rugió Osric, su voz aún más profunda y gutural que antes. "Hoy cazaremos a Roland, y fallar no será una opción"

Bajo la mirada aterradora de su líder, los hombres de Osric se pusieron en marcha. Estaban aterrados, pero también inspirados por la presencia de lo que creían ser un guerrero bendecido con el poder de los dioses. Se dirigieron al bosque, listos para la caza final. Roland y Brynja no tendrían escapatoria.



Osric, en su nueva forma, lideraba la marcha con una determinación renovada. Hoy, la caza terminaría. Y él, finalmente, demostraría su lealtad y su poder a su líder en el mundo espiritual.

Cuando el primer rayo de sol atravesó el dosel del bosque, Brynja sintió un cambio inmediato en su cuerpo. Su energía, tan poderosa y natural bajo el manto de la noche, comenzó a desvanecerse. Los trolls y la luz del sol no eran buenos compañeros; la exposición prolongada no solo debilitaba sus habilidades, sino que, bajo el sol abrasador, podía incluso poner en peligro sus vidas.

Con el amanecer llegó una nueva preocupación. Brynja y Roland, que habían escapado con agilidad durante la oscuridad, ahora se movían más lentamente. Tenían que elegir su camino con cautela, buscando siempre la protección que las sombras de los árboles les ofrecían. A pesar de su conexión con los animales del bosque, Brynja sabía que no podía pedirles ayuda bajo la intensa luz del día. Los animales no comprendían el peligro que la luz representaba para ella, y correr a través del claro era una invitación al desastre.

Cada paso que daban se sentía como una lucha contra el tiempo. La noche de la Luna de Sangre se acercaba inexorablemente, y si no llegaban al refugio a tiempo, Brynja no podría evitar transformarse en la bestia que la maldición le obligaba a ser. El lugar que habían preparado para su confinamiento estaba a varias horas de distancia, y aunque creían que aún era posible llegar, sabían que los riesgos eran altos. El tiempo no estaba de su lado.



Pero la luz no era su único problema.

Mientras avanzaban por el bosque, ambos comenzaron a escuchar el inconfundible sonido de cascos golpeando la tierra. Osric y sus cazadores estaban cerca. Los músculos de Brynja se tensaron al oír los caballos acercarse, y Roland, siempre alerta, supo de inmediato que debían encontrar un escondite.

"Por aquí", susurró Roland, señalando una pequeña cueva oculta entre la maleza y las rocas.

Ambos se apresuraron a entrar en la cueva, con la esperanza de que el grupo de cazadores pasara de largo. La cueva era pequeña, apenas lo suficiente para ocultarlos, y su corazón latía con fuerza mientras escuchaban el eco de los cascos acercándose más y más. Brynja contuvo la respiración, sus ojos clavados en la entrada de la cueva. Sabía que los cazadores de trolls no se rendirían fácilmente.

El ruido de los caballos se detuvo.

Roland intercambió una mirada rápida con Brynja, su rostro pálido pero decidido. Sabían que no podían quedarse allí por mucho tiempo. Los cazadores estaban cerca, demasiado cerca.



"Voy a distraerlos", susurró Roland, decidido. "Si puedo alejarlos lo suficiente, podrás llegar al refugio a tiempo."

"No, Roland. No voy a dejar que hagas eso", replicó Brynja, sus ojos brillando con una mezcla de miedo y amor. La idea de separarse de Roland, sabiendo el peligro que correría, la llenaba de terror.

"Escucha," dijo Roland, tomando las manos de Brynja entre las suyas. "No hay otra opción. Si se quedan aquí, nos encontrarán a ambos, y no llegaremos a tiempo para evitar la transformación. Déjame hacer esto. Si puedo distraerlos, te dará el tiempo que necesitas."

Brynja miró a Roland durante un largo momento, queriendo protestar, queriendo negarse a dejarlo solo. Pero la verdad era innegable: Roland tenía razón. No podían enfrentarse a Osric y sus hombres y esperar sobrevivir. Debía llegar al refugio antes de la Luna de Sangre. Con el corazón apesadumbrado, asintió lentamente.

"Te encontraré después", dijo ella con un susurro, las lágrimas luchando por salir a la superficie. "Esto no es un adiós."

"Lo sé", respondió Roland, forzando una sonrisa que apenas ocultaba su propio miedo. "Esto es solo parte del plan."



Brynja llamó a un ciervo que había estado pastando cerca. En silencio, le pidió que llevara a Roland lo más lejos posible de los cazadores. El ciervo, entendiendo su misión, se inclinó ligeramente mientras Roland subía a su lomo.

Antes de partir, Brynja y Roland compartieron un último beso, un momento cargado de incertidumbre y esperanza. Sabían que el peligro los rodeaba, pero en ese breve instante, solo existían ellos dos. Esperaban que no fuera la última vez.

Cuando Roland comenzó a cabalgar el ciervo, el sonido de los cazadores volvió a intensificarse. Los oídos de Osric y su grupo captaron rápidamente el ruido de los cascos del animal, y sin dudar, comenzaron la persecución. Roland y el ciervo desaparecieron entre los árboles, y los cazadores les siguieron, sus gritos y el estruendo de los caballos resonando por el bosque.

Después de unos minutos, el sonido de los cazadores se desvaneció, y Brynja se permitió respirar nuevamente. El plan había funcionado... hasta cierto punto. Sin embargo, algo no estaba bien. Sentía una inquietud en el aire, como si algo oscuro todavía la estuviera observando.



Fue entonces cuando lo supo. Osric no se había ido con el resto de los cazadores. Su presencia, invisible pero pesada, aún estaba cerca. Brynja miró a su alrededor, intentando localizar el peligro. La calma momentánea en el bosque era solo una ilusión. Osric, ahora transformado en algo más que humano, seguía su rastro.

Brynja llegó a la entrada de la cueva unos minutos antes de que el sol se ocultara por completo. Cada paso que había dado hacia este refugio había sido una batalla, pero finalmente, estaba a salvo... o eso creía. A través de las sombras, pudo distinguir una figura humana que la esperaba en la penumbra. Sus ojos, llenos de cansancio y alivio, pronto se iluminaron al reconocerlo.

"Roland, mi amor...", comenzó a decir, pero sus palabras se desvanecieron en el aire. La expresión en el rostro de Roland no era la que esperaba. En lugar de la calidez que normalmente le ofrecía, su rostro estaba cubierto por una máscara de terror. Le suplicaba con la mirada que huyera.

Antes de que Brynja pudiera reaccionar, sintió una fuerza abrumadora agarrarla por detrás. Osric, con su monstruosa fuerza y velocidad, la había capturado, sujetándola con un agarre que le cortaba la respiración. Su risa resonaba como un eco en la cueva, cargada de crueldad y malicia.



"¿Realmente pensabas que escaparías tan fácilmente?" Osric se burló, deleitándose en su victoria. "Todo esto ha sido demasiado sencillo. Cada uno de tus movimientos me ha guiado directamente hacia este momento."

Osric comenzó a jactarse de su plan con un tono gélido. Explicó cómo, al permitir que Roland huyera con el ciervo, había manipulado a sus propios hombres para seguirlo hasta este lugar, con la esperanza de que los condujera al refugio de los trolls. Mientras tanto, sus nuevos poderes le permitieron sentir la presencia de un troll ayudando a Roland, aunque no fue hasta ahora que comprendió cuán profunda era su relación.

"Es repugnante", dijo Osric con desprecio, mientras observaba a Brynja y Roland. "Esa unión entre troll y humano... será la causa de su ruina."

Los cazadores de trolls estaban completamente conscientes del poder que traía la noche de la Luna de Sangre. Osric, deleitándose en su propia crueldad, encadenó a Brynja al suelo, con grilletes que le permitían moverse solo unos pocos metros. Mientras el brillo de la luna roja comenzaba a iluminar el cielo, Osric no podía contener su emoción. Para él, el espectáculo estaba a punto de comenzar.

Con una sonrisa retorcida, arrastró a Roland frente a Brynja, asegurándose de que ambos se miraran a los ojos. Había un entendimiento silencioso entre ellos, un reconocimiento doloroso de que estos podían ser sus últimos momentos juntos. Roland estaba atrapado, indefenso, y Brynja encadenada, con la transformación que la Luna de Sangre traería acechando en el horizonte.



Entonces, con una lentitud calculada, Osric desenvainó su cuchillo y lo hundió en el vientre de Roland. Una herida mortal, lenta, diseñada para provocar un sufrimiento prolongado. Brynja gritó, su alma desgarrada por el horror. Intentó romper las cadenas, maldiciendo con furia, pero fue inútil. Osric, disfrutando cada segundo, empujó a Roland hacia Brynja, dejando que su cuerpo herido cayera en sus brazos.

Brynja lo sostuvo con delicadeza, como si con sus manos pudiera mantener su alma dentro de su cuerpo. Su corazón se rompía mientras veía la vida de Roland desvanecerse lentamente. La impotencia la consumía.

Osric miró hacia el cielo y declaró: "Y ahora... que comience el espectáculo."

La Luna de Sangre ascendió en lo alto, su luz carmesí bañando la escena con un resplandor siniestro. Brynja comprendió entonces la verdadera intención de Osric: quería que ella se transformara frente a Roland, que la maldición la consumiera, y que, en su forma monstruosa, devorara al hombre que amaba. El terror llenó sus venas, pero también la ira. Se negaba a permitir que la bestia tomara el control, pero la transformación ya había comenzado.

Su cuerpo empezó a cambiar. Sus garras crecían, sus músculos se tensaban, y el rugido de la bestia luchaba por salir de su garganta. Cada fibra de su ser estaba siendo invadida por la oscuridad. Era inevitable. Sentía cómo el monstruo se apoderaba de ella, empujándola a un abismo del que temía no poder escapar.



Fue entonces cuando las palabras de Zugmar resonaron en su mente:
"Recuerda, que aunque no lo parezca, tú tienes el control."

Con un último esfuerzo, Brynja luchó contra la oscuridad. Se aferró a esas palabras como si fueran una cuerda lanzada en medio de una tormenta. Mientras el mundo espiritual y el físico se entrelazaban, Brynja, con una fuerza casi sobrehumana, tiró de la cadena que la ataba, no solo en el mundo físico, sino también en el espiritual. Sentía cómo algo profundo dentro de ella respondía. La bestia retrocedía, debilitada por la voluntad inquebrantable de Brynja.

Finalmente, rompió las cadenas.

La sed de sangre se desvaneció. Brynja, en control total de su ser, se inclinó hacia Roland, cuyas fuerzas ya flaqueaban, y lo besó con suavidad. Las lágrimas caían de sus ojos mientras sus labios tocaban los de él, como si ese beso fuera la única forma de detener el horror que se cernía sobre ellos.

En ese momento, el cielo se oscureció de repente. Un manto de nubes rojas y negras cubrió el mundo entero, y un rayo de energía pura descendió desde los cielos, conectando la tierra y el cielo justo donde Brynja y Roland se encontraban. El impacto del rayo fue tan poderoso que todo lo que les rodeaba fue vaporizado al instante. Los cazadores de trolls, que habían sido testigos de la escena, se convirtieron en polvo, sus gritos apagados en un suspiro.



Osric, su cuerpo monstruoso resistiendo el poder del rayo por unos segundos más, miraba con horror y fascinación. Vio a Brynja transformarse, pero no en la bestia que esperaba. Sus rasgos se suavizaron, una belleza élfica se apoderó de su rostro, y una luz divina pareció envolverla. Pero lo que más perturbó a Osric fue lo que sucedió después.

Ante sus propios ojos, las heridas de Roland comenzaron a cerrarse. Su cuerpo, que había estado al borde de la muerte, se curaba lentamente bajo el toque de Brynja. Osric, incapaz de comprender lo que estaba presenciando, intentó hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, su cuerpo también se deshizo en polvo, arrastrado por la misma tormenta que había creado.



****Capítulo 6: Liberación****

Brynja y Roland permanecieron abrazados por lo que les pareció una eternidad. No había palabras, solo el ritmo constante de sus corazones y la quietud que los envolvía. El mundo a su alrededor parecía haber cambiado de alguna manera, pero ninguno de los dos se atrevía a moverse. Tenían miedo de que si se separaban, ese momento tan mágico pudiera desvanecerse.

El aire que los rodeaba estaba cargado de una energía indescriptible, como si algo extraordinario y profundo acabara de suceder. Aunque el cielo todavía estaba cubierto de nubes oscuras, una sensación de paz comenzaba a envolver el bosque. La tormenta que había azotado la tierra hacía unos minutos ya no era una amenaza, sino un símbolo del cambio que acababa de tener lugar.

De repente, una figura blanca y etérea comenzó a formarse ante ellos. Brynja y Roland, aunque agotados, se pusieron instintivamente a la defensiva, alerta ante cualquier posible peligro. La figura flotaba ligeramente sobre el suelo, envolviendo el espacio con una luz suave y cálida. Era una mujer, su silueta borrosa pero innegablemente serena. Antes de que pudieran reaccionar, una voz aterciopelada resonó en el aire.

"No temáis," dijo la figura con una suavidad que calmó sus corazones. "No os haré daño. Ni ahora, ni jamás."



Brynja y Roland intercambiaron miradas, aún cautelosos, pero las palabras de la mujer les llegaron como un bálsamo. El miedo que habían sentido comenzó a disiparse lentamente. La figura, ahora más clara, era Isolde. Pero ya no irradiaba aquella energía oscura y vengativa que había ayudado a Osric. Isolde había cambiado.

La paz que emanaba de ella era palpable. Su rostro, antes marcado por el odio y el dolor, ahora reflejaba una calma profunda, casi celestial. Sus ojos, que alguna vez habían estado llenos de rencor, ahora brillaban con gratitud.

"Gracias," comenzó Isolde, su voz suave como una brisa. "Gracias por mostrarme que estaba equivocada. La relación entre nuestras especies... nunca fue el problema. Era mi propio dolor el que cegaba mi visión. Pero ahora veo con claridad. Y por eso, puedo irme en paz, junto a mi hija."

Brynja y Roland la escuchaban en silencio, sus corazones llenos de emociones. Isolde, quien durante mil años había sido la causante de tanto sufrimiento, ahora les estaba agradeciendo por haberle mostrado el camino hacia la redención. La figura de Isolde se elevó lentamente, y mientras lo hacía, Brynja y Roland pudieron ver cómo un aura de luz blanca envolvía su forma. Era como si todo el odio y la desesperación que alguna vez la habían consumido se hubieran desvanecido.



"El amor verdadero puede sanar incluso las heridas más profundas", continuó Isolde, su forma etérea cada vez más elevada, casi tocando el cielo estrellado. "Vuestra unión ha demostrado que la paz y el amor pueden prevalecer, incluso cuando todo parece estar en contra."

Con esas últimas palabras, la figura de Isolde se desvaneció suavemente entre las estrellas, dejando tras de sí una estela de luz que iluminó el cielo por un breve instante antes de desaparecer por completo. La calma que siguió fue casi sobrenatural. El viento soplaba suavemente, como si el mundo mismo respirara aliviado por primera vez en mil años.

En ese momento, tanto Brynja como Roland sintieron algo dentro de ellos. Era como si una cadena invisible que habían llevado en sus almas, una cadena que durante tanto tiempo había estado allí sin que se dieran cuenta, se hubiera roto. La sensación de liberación fue abrumadora, y no solo la sintieron ellos. Todo el mundo, humanos y trolls por igual, experimentó ese mismo alivio, esa misma sensación de libertad.

El cielo, que antes estaba cubierto de sombras, comenzaba a despejarse. Las primeras estrellas aparecieron, brillando con una intensidad renovada, como si la misma naturaleza respondiera al cambio que acababa de tener lugar. El mundo había cambiado.



Brynja y Roland se miraron, sus manos aún entrelazadas, sabiendo que algo profundo había sucedido, algo que marcaría el destino de su mundo para siempre. No era solo su maldición la que se había roto, sino también las barreras que habían separado a trolls y humanos durante mil años. Un nuevo comienzo se alzaba ante ellos, uno donde ambos podían imaginar un futuro juntos.

"¿Crees que esto significa...?" murmuró Roland, su voz temblorosa pero llena de esperanza.

Brynja asintió, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad. "Sí. El amor... lo ha cambiado todo."

Ambos sabían que aunque el futuro traería nuevos desafíos, algo esencial había sido restaurado en el mundo. La armonía que se había perdido tanto tiempo atrás ahora estaba al alcance de la mano, y la libertad que venía con ella daba a todos, humanos y trolls por igual, una nueva oportunidad.

El amor incondicional, el que no conoce fronteras, el que no teme las diferencias, había triunfado. Y aunque no sabían exactamente lo que les deparaba el mañana, sabían que lo enfrentarían juntos.